

críteris generals de la toponomàstica contemporània i de qualsevol plantejament actual de la lingüística; un aspecte, però, que, a més, no resulta regular, ja que la majoria de topònims sí que han estat normalitzats, com podem comprovar, per exemple, en el cas de *cal Rabeia*, en què l'autor reflecteix clarament que emprava una forma que no és la utilitzada per la família: «on viu actualment la família Rabeya» (p. 150) (que contrasta, però, amb una entrada com *ca la Mariagna* (p. 231), ja que durant l'explicació l'autor fa servir la forma normalitzada: «ja morta la Marianna»). Les vacil·lacions continuen en els noms d'origen exogen, amb casos sense normalitzar, com *cal Biendicho* (p. 272), però amb molts altres que s'adeqüen a l'ortografia de la llengua catalana, com *cal Xurrero* (p. 258), *el Quartel* (p. 177 i p. 272), *l'Eslequer* (p. 279), *cal Mòrgan* (p. 280) o *cal Txòfer* (p. 285).

En segon lloc, avui també resulta estrany el sistema que segueix la publicació a l'hora de donar informació fonètica sobre els topònims, ja que no presenta la transcripció fonètica sistemàtica de tots els noms, sinó que solament fa indicacions puntuals en els casos que deu considerar més remarcables (com, per exemple, la pronúncia amb [u] de *cal Garramanyo* (p. 174) o la pronúncia amb [ε], [è] a l'edició, de *cal Janet* (p. 174 i 175)); en algun cas, però, les indicacions resulten difícils d'interpretar, com en *ca la Fulla* o *cal Catalan* (p. 182), on trobem [fújá] i [cátálán], com si totes les síl·labes fossin tòniques.

Més enllà d'aquests aspectes estructurals i formals, aquesta monografia sobre Balsareny resulta una aportació molt interessant a l'onomàstica catalana, un treball que destil·la un coneixement profund del poble i de la seva gent, i on contínuament trobem l'explicació propera i quotidiana de l'origen de molts dels noms propis del poble, des d'aquells que semblen lingüísticament transparents —però que no en sabríem el referent—, com *ca l'Anselma la Carallota* (p. 255), fins als que, sense l'explicació de l'autor, resultarien completament opacs, com a *ca la Pepa Surra* (p. 201) o *cal Pol·la* (p. 259).

Joan Anton RABELLA
Oficina d'Onomàstica

COLÓN, Germà (2011): *Lexicografía, léxico i crítica textual*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 432 p.

Dejamos fuera de nuestra consideración el apartado III del libro de Germà Colón, *Lexicografía, léxico i crítica textual*, dedicado a aspectos filológicos de la literatura medieval catalana, ya que esa parte del libro se sale del campo de nuestra competencia. Nos enfrentaremos, pues, con los otros tres apartados en que se divide la obra, que constituyen una de las mejores presentaciones del camino que ha recorrido la lexicografía románica, y suponen, por tanto, de una manera implícita, la propuesta más razonable de los trechos que se han de recorrer en su desarrollo futuro. En tiempos en que ha cobrado tanta importancia el aprovechamiento de la Lingüística en el ámbito de la Lexicografía, Germà Colón (GC en adelante) viene a recordarnos la imprescindible necesidad de orientar este trabajo también por los cauces de la Filología.

1. Sobre la lexicografía histórica románica: el FEW como modelo

En el primer apartado —no seguiremos el orden de los artículos agrupados en él— se centra GC en el FEW, la obra más importante existente en el campo de la etimología románica. Se explica la oportunidad de haberse dado en ella entrada de una manera ponderada a los datos que interesaban a los neogramáticos, pero también a aquellos procedentes de los de la Geografía Lingüística, actitud caracterizadora de la manera de trabajar de Jud y de sus discípulos. Con todo, esta complementación entre la información dialectal y la literaria, que hoy resulta obvia, tenía mucho de novedoso en el momento en que se afrontó la redacción del FEW. No sería necesario decir que este acercamiento a la etimología, considerado ya clásico, engloba obligatoriamente la historia entera de las palabras, como tampoco algo que nos recuerda GC, que debería colocarse al frente de este tipo de investigaciones: llevarlas a cabo exige una gran dosis de humildad (p. 55).

No se conforma GC con mantenerse en los dominios de la teoría, sino que desciende a mostrar la manera cómo se trabajó en este diccionario, con datos y apreciaciones que no hubieran sido posibles sin su propia experiencia en las tareas de redacción. Quienes han tenido que enfrentarse con grandes obras hechas en colaboración saben que la organización concreta de cómo se realizan estas vale tanto como las hermosas intenciones que contienen los proyectos de que se parte. GC no se queda en la síntesis de lo logrado, sino que introduce al lector por la realidad misma en que se realizan las labores del *FEW*: se partía del esfuerzo que Wartburg llevó a cabo en su juventud, despojando de datos las obras lingüísticas, datos que ocupan nada menos que unos cinco millones de fichas. Se ordenaban estas en dos bloques, para distinguir las formas de etimología clara de las de origen desconocido. Con la red de diccionarios que van del francés-latín de Garbini de 1487 al último Larousse, los *petits collaborateurs* organizaban la historia del vocablo en fichas, guiándose por los diccionarios de cada período, pero atentos a los errores que podrían aparecer en estos inventarios, la mayor parte de ellos relacionados entre sí. Materiales procedentes de los repertorios de la envergadura del Godefroy, el Tobler-Lomatzsch, el Huguet o el Littré permitían completar la información de las fichas de Wartburg y dibujar así la historia de las palabras retrocediendo del siglo *xvi* hacia las centurias previas. Contaba para ello el sabio etimólogo suizo con alumnos bien pertrechados en el conocimiento del francés antiguo. El paso siguiente consistía en la redacción del artículo. Era este un trabajo riguroso que dejaba, sin embargo, espacio a la permanente mejora, como la que hacía el propio Wartburg examinando periódicamente los ficheros de las palabras desconocidas, para ir ampliando poco a poco el número de aquellas para las que lograba allegar una explicación (p. 58).

Así, con método y tesón, se construyó el diccionario, que iría viendo la luz a partir de 1922, cuyos artículos distinguen nítidamente entre la presentación de los materiales, datados y dispuestos según su distribución geográfica (aparte de ser localizables), y su ulterior análisis. En esa segunda sección se incluye la discusión de los datos, con sus comentarios etimológicos; si el contenido de esta parte cambiara o se matizara con el tiempo, no sufriría por ello la primera, la de los materiales básicos con que se construye el artículo (p. 37). Finalmente, se relegaban a las notas algunos aspectos secundarios suyos. Es así como se ha logrado levantar la estructura orgánica del artículo —lo más difícil e importante—, que permite ver, mejor que cualquier comentario, la representación más adecuada de la historia de las palabras (p. 56).

No resulta una exageración decir que el *FEW* es el mejor diccionario etimológico de cualquier lengua. GC trata de demostrarlo por vía comparativa, con la perspectiva que le proporciona la obra de Corominas, cuyo valor no se duda en ponderar, tanto en lo referente a lo toponímico sobre el catalán (p. 34), como a lo etimológico hispánico. No le regatea tampoco su conocimiento de todas las lenguas neolatinas (p. 45), su laboriosidad y entusiasmo (p. 43) y su capacidad para relacionar hechos diferentes de distintas lenguas (p. 35), que logran que su obra resulte imprescindible para el conocimiento del catalán (p. 43) y del español.

GC no ha confundido nunca el respeto y la admiración al sabio maestro catalán con el culto de latría (p. 49); de ahí que, dicho lo anterior, no haya dudado en situar su obra en un nivel muy inferior a la de Wartburg. Ese juicio se sustenta en la falta de objetividad que se refleja en sus excesos verbales; en sus antipatías, que conducen algunas veces a insultos y descalificaciones improcedentes; en su empecinamiento en mantener, contra una crítica razonable, muchas opiniones erradas; en dar entrada a digresiones gratuitas y explicaciones innecesarias. Son actitudes que pertenecen más a la psicología de la persona que al método estrictamente lingüístico, que indudablemente condicionan la eficacia de la obra (p. 37). Pero la crítica que GC realiza del quehacer etimológico de Corominas se dirige, sobre todo, a los hechos metodológicos que se reflejan en el desorden impuesto en sus diccionarios a causa de la mezcla de los datos y de su análisis; por la desatención exagerada a la Filología —aunque nos atreveríamos a añadir que también por los problemáticos materiales de los que hubo de partir su autor, en nada comparables a los existentes en el dominio del francés (p. 55)—; o por su obsesiva idea de explicarlo todo, incluso teniendo que recurrir a justificaciones en campos más cercanos a la ficción que a las posibilidades de la realidad, como son los del mozárabe o del sorotapto.

Ciertamente el recurso al mozárabe y al sorotapto, en los que Corominas creía poder hallar alguna luz para explicar algunos hechos que le resultaban indescifrables (pp. 38, 39), obligan a hacer una revisión profunda de sus obras etimológicas (p. 40). Se trata normalmente de justificaciones que cierran la puerta, tanto en catalán como en el castellano, a la comprensión de una serie de interferencias dialectales (del tipo de la que GC encuentra en aragonés en *garceta*) o a mejorar nuestro conocimiento de las reglas evolutivas. Para esta revisión se han de tomar en consideración diversos trabajos de GC, quien en este y en otros libros ha hecho correcciones oportunas no solo a los planteamientos generales del etimólogo, sino a las explicaciones concretas que da a varias palabras.

Con todo, no nos parece impropio señalar que, en el ámbito de la fonética y morfología históricas, parte Corominas de unas condiciones muy diferentes a las del francés (aun hoy basta con comparar los artículos referentes a los sufijos en *Trésor de la langue française* con los de los tomos publicados del *Diccionario histórico* del español, para ver la distancia que separa a estas lenguas en este terreno de la morfología histórica). Esto no significa que la crítica no sea plenamente asumible, incluso por quienes podemos considerarnos discípulos directos e indirectos del sabio catalán. Sin embargo entendemos también que le escribiera Corominas en el año 1957 a Antonio Tovar (en una carta de la que se conserva una copia en la Fundación Menéndez Pidal) algo comprensible, si tomamos en consideración la situación en que se encontraba la etimología hispánica cuando se publicó el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*: haber impuesto en esa obra «una discusión etimológica más detenida, explícita y documentada; mayor atención a la documentación histórica», así como «la eliminación tácita y autoritaria de muchas alternativas posibles», justificado todo ello porque «en ciencia, por definición, lo definitivo no existe; definitivo no hay más que el dogma».

2. La preferencia por la lexicografía histórica: el diccionario de Alcover frente al de Fabra

Si la idea que traba la variedad de artículos que contiene esta obra de GC, que reseñamos, es mostrar que el *FEW* ha de tomarse como la mejor orientación para la lexicografía histórica, hay otras ideas secundarias que el autor del libro mantiene con decisión desde hace tiempo, como es la importancia del diccionario de Alcover (cf. su reseña, en la IV parte, pp. 367 ss., de la versión en soporte magnético de sus obras), incomparablemente mejor que el de Fabra. A la distancia de un siglo, los problemas que surgieron a propósito de la labor lexicográfica y normativa del catalán no pueden ya llevarnos a divinizar la obra de Fabra o a demonizar la de Alcover. Lo cual no significa que GC no admita la utilidad que tuvo el diccionario de Fabra, cuyo andamiaje metodológico (situado, de un modo particular, en el *Dictionnaire Général de la Langue Française* de Adolphe Hatzfeld, Arsène Darmesteter y Antoine Thomas) quizá sea quien mejor lo conozca.

Cerramos este recorrido por la primera parte de este libro aplaudiendo la defensa de una lexicografía que se sustenta con fuerza en la historia, hecha con el rigor que puede imponer a su trabajo un romanista que ha sabido combinar adecuadamente los conocimientos filológicos con los lingüísticos.

3. La realidad de las palabras

La segunda parte se abre con un trabajo que trata de mostrar cómo se construyó el estándar del catalán buscando una uniformidad posible, con la elección de un dialecto concreto, por más que con el paso del tiempo se ha sabido dar entrada a las demás variedades. Ya en ese trabajo, GC proporciona una amplia documentación sincrónica, pero bien interpretada diacrónicamente, que resulta de gran utilidad para la historia del catalán (pp. 71 ss.).

Se incluye además en esta parte la biografía de unas cuantas palabras. A este respecto, GC fue un riguroso innovador, oponiéndose a quienes comparaban el léxico español, frente al del resto de la Rumania, tomando el catalán por una variedad hispánica. A partir de entonces ha publicado artículos y libros decisivos en que se compara precisamente el léxico del catalán con el del castellano, para lo que cuenta con una metodología bien probada en varios trabajos suyos, modélicos en cuanto a las posibilidades de aprovechamiento de los datos lexicográficos (pp. 81 ss.). Ciertamente GC no se ha adentrado

en esta ocasión, a propósito, por la complejidad a que hubieran llevado los dialectos hispánicos, donde, por ejemplo, existe un leonés *brizar* ‘acunar’, que tanto sorprendía a Miguel de Unamuno, o *brezo* en el sentido de ‘cuna’, registrado por el diccionario académico, o el lusismo *verso* ‘cañón de pequeño tamaño y calibre’, todos ellos relacionados genéticamente con el cat. *bressol* ‘cuna’; de la misma forma que existe *exir* en el pasado del español (p. 81) y *ostilla* (p. 89) en aragonés...

Recorre GC otros caminos no menos innovadores, como el estudio de las traducciones del latín, por medio de las cuales establece la opción de los latinismos que han sido decisivos para la fuerte trabazón que mantienen los idiomas románicos (pp. 93 y ss.). Es este un ámbito en que Margherita Morreale y nuestro filólogo han hecho el mejor aprovechamiento posible de las traducciones, para el conocimiento del léxico de las lenguas peninsulares, a partir de la comparación entre los textos traducidos y sus bases de traducción.

Con el estudio sobre *flamenco*, se nos abre la puerta al laboratorio en que trabaja el filólogo, para poderlo contemplar en su quehacer. Ahí lo tenemos dando vueltas y más vueltas a unas cuantas fichas que están en su mesa, menos interesado por la posibilidad de tener razón que por atisbar alguna luz en la interpretación de una palabra. Un pequeño tropiezo en una lectura, un minúsculo error filológico, como leer *flamengo* en lugar de *flamenques* (p. 140), puede crear un problema grave. Siguen varios trabajos en esta dirección, que contagian al lector del mismo placer que ve experimentar al filólogo en su estudio: así el referente a *amainar* (pp. 157, 158), donde descubre que un catalán antiguo *amainar*, fundamental para la etimología a que llega Corominas para esta voz, se debe, en realidad, a una serie de malas lecturas de textos antiguos; por otro lado, no resulta aceptable tomar *amainar* como catalanismo en la traducción de Gower, *Confesión del amante* (que no es de 1399 sino de 1450), cuya base de traducción inmediata es el portugués (p. 158); de este modo y tras un examen filológico de otros varios textos, se demuestra que no queda otro camino que el del portugués (que lo tomó a su vez del francés), de donde procede también su converso *desfaldrar* (las velas); una muestra de que la cronología, aliada con la filología (p. 167), resulta decisiva para la investigación etimológica. Su combinación se promedia igualmente en relatos como el referente a *bribón* ~ *brivó*, construido a la manera de una pequeña novela policíaca y en casos como el del cat. *malsí* ~ *malsim*, cat. *maldar* (con la valiente decisión de esperar pacientemente una solución aceptable), el cat. *ròtol* o *claraboya* ~ *caraboia*.

No podemos dejar a la sombra toda esa serie de datos valencianos estudiados (p. 223), en los que se aporta no solo documentación e información sobre el uso, sino también sentido común, particularmente del lado del mozárabe y del aragonés.

Son estas pequeñas joyas lexicográficas el mejor aval para un trabajo histórico-etimológico que no puede perder de vista los fundamentos filológicos de que debe partir. Una filología que no está reñida con mantenerse al día por los vericuetos por los que se ha ido moviendo la Lexicografía, como se demuestra en la utilización del diccionario REDES, dirigido por Ignacio Bosque, para observar en él las combinaciones actuales de una palabra (vayamos a la p. 157, nota 113), que demuestra que GC ha sabido mantener la seguridad con que se mueve por los caminos de la filología tradicional, sin dejar por ello de mirar atentamente a todas las novedades que van apareciendo en el horizonte.

Si hemos dejado de lado, a propósito, la parte tercera del libro, ello no debe hacer pensar que no se proporcionen en ella datos léxicos de interés, como acontece con el cat. *vinyògol* (p. 277) o el paso del sentido de la física al de la política en la voz *revolució* en catalán (p. 339), en el que, sin chovinismo, esta lengua es una adelantada.

4. La difusión del trabajo ajeno

Se cierra el libro, en su parte IV, con cuatro breves trabajos sobre los atlas lingüísticos del dominio catalán, justos en su valoración y generosos, por el deseo de que se conozca adecuadamente su existencia. Del mismo modo, se recoge la publicación de la obra de Alcover en soporte electrónico, a que nos hemos referido ya, y finaliza con una oportuna y razonable reseña de un libro importante en la historiografía del catalán, el que Rafanell escribe sobre la ilusión occitana.

No hay género menor en manos de Germà Colón, ni siquiera el de quien da a conocer lo mejor de

lo que están haciendo los demás, porque hasta esto lo ha hecho con «la fermesa, la tenacitat, la quotidiana dedicació a l'estudi de les paraules en els seus textos i contextos»¹.

José Antonio PASCUAL
Real Academia Española
Mar CAMPOS
Universidad de Santiago de Compostela

COLÓN, Germà / FERRANDO, Antoni (2011): *Les Regles d'esquivar vocables a revisió*. València; Barcelona: Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana; Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 316 p.

El llibre objecte d'aquesta ressenya és un recopilatori, una compilació actualitzada de textos publicats entre 2001 i 2011 per dos estudiosos: Germà Colón i Antoni Ferrando. Després d'un breu pròleg signat pels dos autors i datat el mes de gener de l'any 2011, una pàgina sumària ens indica la procedència dels textos, ordenats segons la seva aparició en l'obra. El primer text és de Germà Colón. Es tracta d'una «versió integrada, ampliada i revisada de G. Colón, *Les Regles d'esquivar vocables*. Autoria i entorn lingüístic, Barcelona, IEC, 2001, i d'«Encara les Regles d'esquivar vocables», *Estudis Romànics*, 27, 2005, p. 219-225.» Aquest doble treball refós constitueix el primer apartat del volum i porta aquest epígraf: «Revisió crítica de les *Regles*». Tanquen aquesta primera part del volum unes referències bibliogràfiques i un índex de mots, dels mots que hi han estat estudiats, s'entén.

Tot seguit, i ja al segon apartat, trobem els treballs d'Antoni Ferrando, reunits sota aquest altre epígraf: «*Les Regles*: autoria, gènesi, criteris, context». Són cinc treballs, ordenats cronològicament, tots ells en «versió ampliada i revisada» pel mateix autor, aquests: «Sobre l'autoria de les *Regles d'esquivar vocables*, encara», *Els Marges*, 70, 2002, p. 67-98. «*Les Regles d'esquivar vocables*: una qüestió d'història cultural, de filologia i de sociolingüística diacrònica», *Estudis Romànics*, 27, 2005, p. 227-234. «La gènesi romana d'una norma lingüística catalana del segle xv», capítol del llibre de Nancy Da Benedetto i Ines Ravasini (eds.), *Traduzione e continuità di tradizioni*. Valencia a Bari, 2011, Lecce, Pensa Multimedia, p. 39-64. «L'orientació diatòpica de les *Regles d'esquivar vocables*», e.*Humanista* 18, 2011, en premsa. I finalment «Elio Antonio de Nebrija i Jeroni Pau: fortuna diversa de dos humanistes interessats pels seus respectius vulgars», capítol del llibre de Júlia Butinyà i Antonio Cortijo (eds.), *L'humanisme a la Corona d'Aragó* (en el seu context hispànic i europeu), Potomac (Maryland, EUA), Scripta Humanistica & Studia Humanitatis, 2011, p. 145-183. A continuació s'inclouen unes referències bibliogràfiques, un índex antroponímic i un índex de mots citats, eines útils per a la consulta d'aquesta segona part.

Finalment el tercer apartat és format per una edició anotada de les *Regles d'esquivar vocables o mots grossers o pagesívols*, a cura dels dos autors del volum.

Ara per ara, aquest que ressenyem és el darrer lliurament de tot un seguit de treballs que giren entorn d'una peça en català del segle xv, sobre el bon ús de la llengua, que ha despertat l'atenció de molts estudiosos, i també algunes passions de llarga durada. La qüestió, però, em sembla que encara no es pot donar per tancada i que vindran nous treballs a augmentar la bibliografia sobre les *Regles*. Ras i curt, aquesta compilació de treballs entorn de les *Regles d'esquivar vocables o mots grossers o pagesívols* respon al fet que els dos estudiosos que la signen no estan d'acord amb Antoni M. Badia quant a la interpretació sociolingüística de les *Regles* ni l'atribució de la seva autoria a Pere Miquel Carbonell. Ferrando, en concret, considera que són imputables bàsicament a Jeroni Pau, que les hauria confegit en el marc de la cort roma-

1. Joan Veny, «Germà Colón, etimòleg». En Emili Casanova y M. T. Echenique, *El deler de les paraules. Les aportacions de Germà Colón a la romanística*, València: Universitat de València, 305-319, p. 318.